

pues indudablemente se puso bajo la conducta del abad Moisés. Habiendo este ido un día á sacar agua, le encontró en oracion al borde de la fuente, y vio por una señal sensibles al espíritu de Dios que descansaba en él. Esto le inspiró sentimientos de gran veneracion hacia él, y miróle menos como à su discípulo que como á su maestro.

Díjole en cierta ocasion : « Enseñadme, hijo mio, lo que debo hacer. » Sobre lo cual el humilde discípulo se echó á sus pies diciéndole : « ¡ Pues qué, padre mio ! ¿ vos me pedis una instruccion ? » — « Si, hijo mio, le respondió el santo viejo, porque he visto al Espíritu Santo descender sobre vos, y esto es lo que me ha inducido á suplicaros que me dijeseis lo que debo yo hacer. » Entonces Zacarias, movido más bien por obediencia, que con intencion de instruir al que creia más instruido que él, se quitó la capilla, echóla al suelo, pisoteóla y dijo al abad Moisés : « Si uno no está dispuesto hà ser pisoteado de esta misma manera, no puede ser verdaderamente monge : »

El abad Macario le hizo tambien la misma pregunta y le respondió al principio como al abad Moises : « ¡ Pues qué, padre mio, ! ¿ vos me preguntais como si yo fuese vuestro maestro ? » Pero Macario le dijo : « Yo me siento movido interiormente á consultaros para saber en qué consiste ser monge. » Y él le respondió « Paréceme, padre mio, que no lo es uno en verdad sino en cuanto se hace violencia en todas las cosas. »

El abad Pastor contaba de él que estando próximo á morir, Moisés le preguntó qué veía (es probable que comprendiese por alguna señal exterior que hubiese dado, que Dios le favorecia en este momento con alguna vision celestial.) Y él le respondió : « Padre mio ¿ no creéis que todavia es mejor callarse. ? » Entonces Moisés que amaba la humildad, puesto que él mismo la practicaba tan perfectamente, le dijo : « Pensais bien, hijo mio ; permaneced en el silencio. »

En estas admirables disposiciones de piedad entregó su alma al Señor, y en el momento en que esto sucedió, el abad Isidoro, sea que estuviese presente ó que Dios se lo diese á conocer, levantando los ojos al cielo, exclamó : « Regocijaos, hijo mio Zacarias, puesto que las puertas del reino de los cielos os son abiertas. »

Aun cuando no sepamos cuántos años vivió, está sin embargo probado que su muerte acaeció antes de la de San Moisés, de San Pemen y de San Isidoro. Debía todavia ser jóven, puesto que estos santos le llamaban hijo suyo ; pero parece, por lo poco que de sus Actas se ha conservado, que habia hecho grandes progresos en las virtudes religiosas y en la vida interior, que su oracion era eminente, que había sido favorecido con grandes dones celestiales, y que tenia el espíritu de Dios.

DE MOISÉS EL LIBIENSE Y DE OTRO MOISÉS ¹.

Moisés el Libiense entró muy jóven en un monasterio de Nitria en el que se formó en las virtudes religiosas. Era sumamente dulce, muy caritativo, y habia recibido de Dios el don de curar á los enfermos por la fuezo de sus oraciones. Pasó del desierto de Nitria al de Sceté.

Las relaciones antiguas parecen haberle confundido más de una vez con Moisés el Etíope y con otro Moisés igualmente considerado en el desierto. No entraremos en las sabias discusiones entabladas sobre este punto y que no

¹ Casiano Gazeo, Tillemont, Bulteau.

han terminado. No estando disputados los hechos y las palabras, lo restante es en realidad de poca importancia.

Hablando Casiano ya de este último Moisés, ya de Moisés el Libiense, dice que era el mayor de todos los santos habitantes del desierto de Sceté. Parece, por las dos conferencias que trae de él, que sobresalía en el conocimiento de las virtudes y de los deberes de la vida religiosa, y que la práctica respondía en él á sus luces. Pamos á dar aquí en extracto de estas dos conferencias; ellas nos instruirán en su doctrina espiritual y en las máximas de los solitarios de aquel desierto.

PRIMERA CONFERENCIA

SOBRE EL FIN QUE UN SOLITARIO DEBE PROPONERSE EN SU ESTADO

La soledad de Sceté, dice Casiano, es el desierto en que se juntaba todo lo más santo que había entre los solitarios, y el abad Moisés era, entre aquellos hombres célebres, el que despedía más agradable olor por la excelencia de su vida y de su contemplación. El deseo que tuve de ser fortalecido por sus sabias instrucciones me decidió á ir á encontrar, y el santo abad German, del cual no me separaba nunca, quiso ir allá conmigo. Habiendo pues llegado á la celda de este santo abad, procuramos con lágrimas y oraciones inducirle á que nos dijese alguna palabra de edificación. Sabíamos bien que no podía resolverse á hablar de la perfección sino á los que sinceramente la deseaban, por miedo que al descubrir los secretos de la vida perfecta á los que solo la buscan con flojedad, no pareciese hacer traición á la verdad, ó no hablar de ellos más que por vanidad y por una secreta complacencia; pero hicimosle tantas instancias que final-

mente se rindió á nuestras súplicas y habló de esta manera:

« Cada arte y cada profesión tiene su fin particular y su fin que le es propio, y el cual el que quiere sobresalir en ella siempre se propone. Sufre para esto todos los trabajos, todos los peligros, todas las pérdidas á las que está espuesto, y sufre esto no solamente con paciencia sino con alegría. Mirad un labrador: su fin al cultivar su campo es ponerlo bien limpio, muy llano, sin que haya cardos ú otras malas yerbas; y para esto trabaja y arrostra con valor los más ardientes ardores del estío y todo el rigor del invierno. El fin que se propone es recoger una gran abundancia de granos para subsistir desahogadamente y hasta para enriquecerse. Con esta mira no duda en confiar á la tierra el trigo de sus graneros, presintiendo muy bien que se verá compensado de esta pérdida presente con la abundante cosecha que se promete.

« Del mismo modo vemos que los que comercian, se exponen á largas y peligrosas navegaciones, animados en estos peligros por la ganancia que esperan, y que los que hacen profesión de las armas, ardiendo en ambición, son insensibles á los trabajos de los largos viajes y se destierran voluntariamente de su patria para adquirir cargos y honor. Este es el fin que se proponen; y aquellas recompensas que esperan les hacen sobrepujar todas las dificultades de la guerra que miran como el único camino para llegar allá. »

« Nuestra profesión tiene pues también su objeto y fin particular, por el cual sufrimos de buena gana los trabajos que en ella se encuentran. Este fin es el que nos impide de cansarnos en la continuación de nuestros ayunos, que nos hace encontrar gusto en las fatigas de nuestras vigilias, que nos quita el disgusto en la asiduidad de la lectura y de la meditación de la palabra de Dios, que endulza

el continuo trabajo en los que pasamos la vida, á saber, aquella pobreza, aquella desnudez, aquella privacion de todas las cosas y el horror de esta vasta y terrible soledad.

Este mismo fin es el que os ha hecho renunciar tan generosamente á vuestros padres, á vuestra patria, á las delicias del mundo, y que os ha hecho atravesar tantos paises para venir en busca de gentes hechas como nosotros, rústicos, groseros, ignorantes y que pasan su vida en estos salvajes y sombríos desiertos. Os ruego pues que me digais cuál es el término á que tendeis, y el fin que os ha hecho arrostrar tantas fatigas.

Nosotros le respondimos, dice Casiano, que era el deseo y la esperanza del reino de los cielos. Decis muy bien, nos replicó él que este es el fin que os habeis propuesto; pero á más de esto hay que saber cuál es el término, ó para espresarme mejor, el medio que quereis emplear para llegar á este fin. » Nosotros le confesamos nuestra ignorancia y prosiguió así: « Acabo de mostraros que en cada profesion hay por de pronto un término en el que continuamente se detienen los que la siguen, y en el que si no se detienen, no llegarán jamás al fin. Este fin pues que nosotros nos proponemos en la vida religiosá es en el reino de los cielos; pero si no tenemos un blanco, nuestros esfuerzos serán inútiles, nuestras fatigas infructuosas y haremos como un viajero que, andando sin tener camino cierto, siempretiene la pena de caminar, y jamás tiene el consuelo de llegar al lugar que desea. Nuestro fin es el reino de los cielos, esto es verdad; pero nuestro blanco para llegar allá es la pureza de corazon, sin la cual no podríamos llegar. Es pues necesario que dirijamos todos nuestros pensamientos hácia ese blanco, y que allá llevemos al instante nuestro espíritu cuando de él se aparta, haciéndole servir de regla en todo cuanto hacemos, y rectificando con él todas nues-

tras acciones cuando no se conforman con el mismo. Esto todavia parecerá mas claro por la comparacion de los que se sirven del arco y de las flechas. Para señalar su habilidad tienen por blanco un pequeño escudo de armas en el que están pintados los premios que se prometen á los que salen airosos, y hacen todos sus esfuerzos para tocarlos con sus dardos; pero si este escudo les está oculto ó si no dirijen á él fijamente la vista, no les queda ya punto fijo, y consumen inutilmente sus fuerzas en azotar el aire con sus flechas, sin poder distinguir si han tocado ó no en el blanco. »

Aplicad esto á nuestra profesion. San Pablo dice: *Tengamos por fruto la santificacion de nuestras almas (Rom. 6)*; he ahí nuestro blanco, que es la pureza de corazon; y *por fin la vida eterna*; he ahí nuestro fin. Y hablando en otra parte sobre el mismo asunto, se esplica más claramente diciendo: *Yo olvido lo que está detras de mí y adelantándome hácia lo que está delante de mí corro sin descanso hasta el fin de la carrera. (Philip. 3)*. Es necesario pues abrazar con todas nuestras fuerzas lo que puede adquirirnos la pureza de corazon, y arrojar como pernicioso todo lo que de ella puede apartarnos. « Por falta de esta aplicacion, personaz que habian dejado grandes bienes en el mundo, dejan manchar en la religion su corazon con cosas pequeñas. Se pegan á ellas hasta llegarse á encolerizar por una aguja que se les quite, una pluma, un cuchillo, un escritorio. Están tan celosos de un libro de piedad, que no pueden sufrir que los demás lo lean ó lo toquen; caen en impaciencia cuando habrian podido practicar la caridad; y despues de haber dado todos sus bienes á los pobres por el amor de Jesucristo, retienen sus primeros afectos en bagatelas. San Pablo preveia esta desgracia cuando decia: *Aun cuando distribuyere todos mis bienes para elimentar á los pobres, y aun cuando entregase mí cuerpo á las llamas, de nada*

me serviria todo esto si no tuviese caridad. (I. Cor. 13, 3).

« Por ahí veis que no se llega de repente á ser perfecto por haber renunciado las riquezas, y los honores, sí en sus acciones no está uno animado por aquella caridad de que habla el Apóstol y que consiste en la pureza de corazon. A esta pureza de corazon debemos pues dirigir, todos nuestros deseos y todas nuestras acciones. Para llegar á ella buscamos la soledad, y practicamos las virtudes á fin de que por estos ejercicios, haciendo nuestro corazon como invulnerable á todas las pasiones le conservemos en la pureza, y por estos diferentes grados lleguemos á una caridad perfecta. Por la misma razon cuando nos vemos impedidos de continuar nuestros ejercicios por alguna causa razonable y necesaria, no debemos dejarnos llevar de la tristeza, ní de la impaciencia, puesto que lo que debiamos hacer y que nos vemos obligados á interrumpir no era más que para combatir las pasiones y purificar nuestro corazon. Más se pierde por un momento de cólera que no podria ganarse con un ayuno. Es pues necesario referir nuestros ayunos, nuestras vijilias, nuestro retiro, y otras semejantes prácticas al blanco principal de la pureza de corazon que es la caridad, y no herir esta principal virtud para conservar estas prácticas que no son más que un accesorio suyo. Y si conservamos la caridad no perderemos nada de la privación de estas prácticas cuando la necesidad nos las hace omitir.

« Pero para poner esto más en claro, vuestro principal cuidado y el designio de vuestro corazon debe ser uniros invariablemente á Dios, y tener fijamente vuestro espiritu en las cosas divinas. Todo lo que á ello no tiende no ocupa más que el segundo ó el último grado y hasta puede ser peligroso. Tenemos en efecto en la historia de las dos hermanas Marta y Maria, de que se habla en el Evangelio, una escelente figura de estas dos cosas: quiero decir de un alma siempre aplicada á Dios, y de las acciones que pueden apar-

tarla de esto santo ejercicio. Marta estaba ocupada en un ministerio muy santo puesto que trabajaba por el servicio de Jesucristo y de sus discipulos. Su hermana Maria por el contrario atenta á la doctrina del Salvador, permanecia á sus pies y los perfumaba con el precioso perfume de una sincera confesion. El Salvador la prefirió á su hermana, y aun cuando esta quiso llevarla á una ocupacion más laudable, el Salvador le dijo que *Maria habia escogido la mejor parte, que no le seria quitada* (Luc. 10.) Por ahí estableció la principal piedra en la contemplacion de Dios, y no da á otras virtudes sino el segundo lugar, por necesarias y útiles que sean; y cuando dice de Maria que hace ver que se podrá quitar la otra á Marta, puesto que este ministerio exterior que se hace por el cuerpo no subsistirá siempre con el hombre, mientras que la ocupacion de Maria durará eternamente. »

El abad German tomó la palabra y preguntó cómo podia decirse que las obras exteriores de la caridad pasaran, puesto que son las que Jesucristo promete recompensar en su juicio.

El abad Moisés respondió: « Yo no os he dicho, hijos míos, que la recompensa de las buenas obras nos será quitada, puesto que Jesucristo dice que el *que diere solamente un vaso de agua fria, no perderá su recompensa*; (Math. 10) sino que solamente he dicho que será la accion misma la que nos será quitada. La razon de esto es evidente. Al presente las necesidades del cuerpo, las rebeldias de la carne, la desigualdad de las condiciones que se encuentran entre los hombres, entre los que hay ricos y pobres, todo esto nos obliga á maceraciones, á la purificacion de nuestros corazones, á obras de caridad etc. Y san Pablo lo declara en más de un lugar; pero estas obras cesarán en el cielo en donde no subsistiendo más esta necesidad, se separará uno de esta multitud de acciones exteriores para

unirse del todo con Dios solo, en el que se emplearán todos sus pensamientos, y todos sus afectos para amarle y contemplarle por una eterna pureza de corazón.

A esta bienaventurada ocupacion es á la cual aspiran sin cesar, y á la que se han entregado ya en esta vida los que lo han renunciado todo para no tener otro cuidado que el de aplicarse á la meditacion de las divinas Escrituras y purificar su corazón. Quedaréis admirados de esto despues que San Pablo nos asegura que no solamente estas obras exteriores, sino hasta los dones más excelentes del Espíritu Santo pasarán, y que solo la caridad no pasará jamás. *Las profecias, dice él, serán aniquiladas, las lenguas cesarán, la ciencia será destruída; pero no perecerá la caridad* (T. Cor. 13) Ella será entonces mucho más sublime, más levantada, y reinará sobre la corrupcion y el decaimiento; la incorruptibilidad en la que estará establecida, la hará todavia más ardiente y más íntimamente unida á Dios. »

Pero, dice el abad German: ¿quién puede estar siempre tan apegado á la contemplacion en una carne tan flaca, y cómo un alma dividida por diferentes cuidados sobre la tierra, puede estar siempre aplicada á Dios, a quien no puede ver ni comprender?

El abad Moisés respondió: « El hombre rodeado de enfermedades sobre la tierra, no debe pretender estar en ella inseparablemente unido á Dios por la contemplacion. Todo lo que puede hacer es saber á qué debe tender siempre su espíritu, y qué objeto debe proponerse para estar siempre aplicado a ella. Debe regocijarse y consolarse en su alma cuando piensa en la misma. Debe gemir y afligirse cuando de ella se aparta por vanas distracciones y entonces debe llamar nuevamente de su extravio á su corazón y enderezar otra vez sus pensamientos para llevarlos á este objeto divino.

Tome II



L'Abbe Isaac

El Abad Isaac